

~~Caxon 208.~~

45-19

UNICO REMEDIO

PARA LA CONVERSION

DE LOS

NUEVOS JUDIOS ESPAÑOLES.

CARTA DEL M. F. M. M. C.

A UN AMIGO SUYO.



CON LICENCIA : SEVILLA :

IMPRESA DE PADRINO:

AÑO DE 1814.

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
LIBRERIA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS Y LETRAS
DE LOS ANDES
VENEZUELA
NOTA. Esta obra se continuará en
Números sueltos, y se concluirá a la
mayor brevedad.

Am
te im
vos j
haga
cen l
con l
marc
comp
afran
la se
mócro
distin
que n
bas t
co ;
dad,
empe
curar
mism
Me e
recon

NUMERO I.

Amigo mio : no es tan facil como tú te imaginas la conversion de los nuevos judios españoles, à no ser que Dios haga con ellos un milagro, como dicen lo hará allá hácia la fin del mundo con los circuncidados. Dos razas bien marcadas conocemos : la primera se compone de los que el pueblo llama *afrancesados*, *renegados* y *traidores*; y la segunda de los que yo apellido *demócratas*, por no honrarlos con otro distintivo, que ellos no menos vaná que neciamente se arrogaron. Entrambas traen su origen de un mismo tronco; y entrambas compiten en terquedad, obstinacion y locura. Tú quieres empeñarme en que yo me consagre à curar su manía... ¡ ay amigo mio ! ni el mismo Pinel saldria con la empresa. Me executas à que emplee el ridiculo, recordándome aquel manoseado *Ridi-*

culum acri fortius; pero por Dios, dame el genio de un Cervantes, y tomaré la pluma. Y aun ¿qué se yo? Cervantes se las hubo con hombres pundonorosos y caballerescos; y con tales gentes, aunque locas y rematadas, se podía salir ayroso. ¡Pero con nuestros locos ó maniaticos judíos! Me desespero al oírte que me valga si no de razonamientos sólidos y juiciosos. Vaya que eres un pobre hombre: se conoce que no has tratado ni pulsado de cerca, como yo, à estos enfermos. ¡Qué razonamientos ni qué calabazas con unos hombres que resisten à la evidencia de los hechos, y cierran voluntariamente sus ojos à la luz! ¡Que apenas espira un plazo por ellos prefixado como el último término de su imaginada cautividad, señalan otros y otros y otros, y traen asi al retortero y embaucados con necias y locas esperanzas à sus miserables prosélitos! Desengáñate, amigo mio: el carácter español es demasiado firme y tenaz, asi en el bien como en

el m
el de
vive
vive
desga
me d
pero
pecifi
un I
Apoll
rán,
tra g
españ
que
con s
de h
que h
dame
que s
rona
único
ba su
las A
la inc
barde

el mal, y contrasta prodigiosamente con el de nuestros vecinos, que hoy gritan *vive la Republique*; mañana entonan *vive l'Empereur*; y al dia siguiente se desgañitan voceando *vive le Roy*. Dame de estos locos, y doytelos curados; pero ¡a los nuestros! Indicame un específico eficaz, y serás para mí no ya un Hipócrates, y sí tambien *magnus Apollo*. Oyeme. Que no nos conquistarán, dijeron en el principio de nuestra gloriosa lucha los buenos y leales españoles. ¿Lo dijeron? Pues ándate: que avance el Corso hasta la capital con sus formidables legiones, despues de haber disipado nuestros exércitos; que huyan despavoridos, y atropelladamente se embarquen los ingleses; que se rinda Zaragoza; que cayga Girona; que sea aniquilado en Ocaña el único exército en que la nacion librabas sus esperanzas; que vean invadidas las Andalucias, y el gran baluarte de la independendencia española sitiado y bombardeado; que el Austria ceda, y el

Norte tiemble ; que , en fin , Ciudad-Rodrigo , Badajoz , Lérida , Tortosa , Tarragona , Sagunto , Valencia.... no importa : *no nos conquistarán* , repetian con fiadamente desde el un cabo al otro de la península diez millones de españoles. Este es el verdadero caracter ó genio nacional. Por la inversa, tan aferrados estaban con la idea de la imposibilidad de la reconquista los partidarios de Josef y admiradores de Napoleon, que se reian al oír à algunos franceses juiciosos : *no se conquistará la España mientras que haya un Cádiz , un Torres Vedras y un Galicia*. Con grande énfasis solian decir : „ mas fácil es „ que el Océano inunde las llanuras de „ Castilla , que el que los insurgentes „ las dominen; ” y aun en Junio de 813 quando manifiestamente declinaba á su ocaso y padecia fatales eclipses el grande astro de la Córcega ; y quando desde las orillas del Duero se precipitó sobre ellos aquel torrente impetuoso que los empujó y arrebató hasta los

Pirine
Castil
mo ju
de qu
lisonje
do à
instru
terior
judíos
sales
princi
impos
Paris
so de
trona
era u
y rec
grand
exâct
estrép
lós al
braro
Atila
amigo
pendo

7

Pirineos , abandonaban los pueblos de Castilla con la segura confianza ; y como jurando por el genio de Napoleon, de que volverian dentro de dos meses; lisonjeando asi à los bribones, y aterrando à los buenos , pusilánimes ó poco instruidos. Errantes andaban por lo interior de la Francia nuestros buenos judíos , y asi ellos como sus correspondientes y amigos de acá se lisonjeaban à principios del presente año con que era imposible la entrada de los Aliados en Paris ; que era locura esperar el regreso de Fernando , y mucho más el destronamiento de Napoleon , cuyo genio era una aljaba bien surtida de flechas y recursos semi-divinos. Al fin cayó la grande estrella , y se hundió el grand : exâctor que oprimia la tierra : con el estrépito de su caída se entreabrieron los abismos, y retemblaron y se asombraron los Césares, los Genkiscanes y Atilas : y ¿ nuestros judios ? Parecia, amigo mio , que à la voz de los estupendos milagros políticos , que vimos

rápidamente sucederse en pocos días, y que formaran la época mas memorable en los anales del mundo, infaliblemente se convertirían. Pues no: tristemente disipado el poderio de su Mesías conquistador y guerrero, ó como Chateaubriand le llama, ganador de batallas, mudaron de rumbo, y se forjaron nuevas esperanzas y nuevos votos. ¡Insensatos! Creyeron que los mismos Soberanos que destronaron al Corso y à toda su infame raza proporcionarían à su gran Pepe una insula en que ellos podrian reynar y epicurizar; ó lo que es mas, que se empeñarían, de acuerdo con Luis XVIII, en facilitarles la entrada en la tierra de sus padres, y el reintegro en sus grandes honores, en sus grandes dignidades, y hasta en sus posesiones robadas ó adquiridas à precio de la leal sangre española. Andate, andate tú ahora con proyectos de conversion: estaba por decirte lo que el Ginebrino decia del abate Saint Pierre: „buena intencion, pero pobreza de

„ ideas y poco conocimiento de los
„ hombres.”

Para que veas: nuestros famosos desterrados conocieron en Tolosa mal de su grado que Fernando à una bondad y suavidad imponderables reunia un carácter firme y decidido por la justicia: constabales que el pueblo español está tan inexôrable con los famosos traidores, ó traidorazos, como él dice señalándolos con sus nombres y apellidos, que jamas consentiria en su regreso; y era fácil prever que un Rey prudente, por extremada que sea su clemencia, no debia otorgarles la entrada en su reyno, ó ya por no enagenarse el corazon de unos vasallos que le adoran, ó ya consultando à la seguridad personal de los mismo reos, cuya existencia indudablemente correria gran riesgo en qualquiera ciudad, villa ó aldea de la península donde se fixáran. Pues ni por esas: nuestros judíos inquietos, intri-gantes y bullieiosos disparan cartas y mas cartas, apologías y mas apologías....



Déxame reír un poco: tú rabiarias si las hubieras visto. Si se les cree, eran y son tan patriotas como Mon y Velarde, ó la Romana, ó Mina, ó el Empecinado. No te aturdas: se presentan como negociadores à los Príncipes libertadores de la Europa, reclamando derechos y pidiendo justicia, y fatigan à la corte de Francia con importunas sollicitaciones. ¡Qué bobos! Sin contar con la firmeza de nuestro Gobierno, parecíales que lisonjeando à un Monarca que se precia de noble, generoso y liberal, ó arrancando cartas comendaticias del Príncipe de Benevento, que como su amo no deseará mas que exonerarse de la pesada carga de tan molestos huéspedes, doblegarían la justa inflexibilidad del Gobierno y de la nacion española. Uaa Guayana tiene ya la Francia: pidan para ella sus pasaportes; y las lecciones y escarmientos recientes sírvanles de desengaño.

¶ Pero sí: ¡desengaño! no hay que esperarlo. Todavía creyeron, y logra-

ron que se propagara en España (merced à tantos ecos suyos que para castigo de los buenos viven con nosotros) la creencia de que en las negociaciones de paz sacarian partido. Habia llegado à Madrid el tratado de paz; y todavia los buenos temian, y los perversos esperaban que volviesen los traidores. Publícase à la sazón un escrito con el título de *Los famosos traidores &c.*, que habrás leído; y como para su publicación forzosamente debió preceder la licencia del Gobierno y algo mas, respiraron los buenos, y se amostazaron los malvados. Pues sin embargo el rumor sigue, *que vendrán, que vendrán, que vendrán.* ¿Has visto judiada como esta? Por último apareció antes de ayer ya impreso el *Tratado definitivo de paz y amistad concluido entre el Rey nuestro Señor y S. M. Cristianísima, firmado en Paris á 20 de Julio de 1814.* A Dios, mis pobres judíos, os faltó la última ancora de vuestra esperanza. Sin patria, sin Rey, y sin hogar vagareis

por la Europa; y si la Europa os des-
 echa, ¡feliz la tierra que os reciba en
 su seno! Esto decíamos, amigo mio,
 todos los que nos preciamos de buenos
 españoles. Pero y ¡los malos, que por
 nuestros pecados y los suyos hormi-
 guean entre nosotros! Ja, ja. Bueno,
 bueno: lean vmds., y rúmen el arti-
 culito 16 del Tratado; ya, ya la te-
 nemos buena. = Pero, hombres ó dia-
 blos, ¿qué dice ese artículo? = ¡Frio-
 lera! Es un salvo conducto para que
 vuelvan, y una solemnísimá garantía
 de sus propiedades, honores y dere-
 chos. = ¿Nada menos? = Nada menos:
 lean vmds. y reflexíonen si saben algo
 de diplomacia. = Vaya, leamos. „ Ar-
 tículo 16. Las Altas Partes contratan-
 tes, queriendo olvidar y hacer olvidar
 completamente las divisiones que han
 agitado à la Europa, declaran y pro-
 meten que en los países restituidos ó
 cedidos por el presente Tratado ningun
 individuo, de qualquier clase ó condi-
 cion que sea, no podrá ser perseguido,

inquietado ni molestado en su persona ni en sus bienes baxo pretexto alguno, ni à causa de su conducta ú opinion política, ni por su adhesion, sea à una de las Partes contratantes, ó à los Gobiernos que han cesado de exístir, ó por qualquier otro motivo, à no ser por el de deudas contraidas entre los particulares, ó por actos posteriores al presente Tratado.” ¿Leiste, amigo mio? Y ¿podrás figurarte que en este artículo cifren nuestros judios y sus comunicantes la esperanza y los derechos de reversion y de reintegro? Pues ello es asi; y por esas calles de Dios y por esas plazas de Cristo andan, corren y vaguean en dos pies manadas de hombres pregonando que el tal artículo es como un *ne molestetur* absolutísimo, una puerta franca para todo traidor honrado; y como si dixéramos con el otro, que para zaherir à Baile, quien pretendia abrir las puertas del cielo à todo judio, mahometano ó impio, puso por epígrafe à su famosa obra: *Porta patens esto,*

nulli claudatur honesto. En fin creen y nos quieren hacer creer à los demas que Talleyrand le puso esta zancadilla à Labrador, y le hizo caer: que los famosos diplomáticos traidores reclamarán el cumplimiento de este artículo con toda fuerza, y que pedirán justicia à la Europa en el gran Congreso de Viena. *Ride, si sapis.* Pero ¡reirte tú! Te estoy viendo que trinas y te enfureces.

Pues amigo: estas y otras lindezas circulan con diversos fines. El interes en unos, la preocupacion ó resentimiento contra el Gobierno en otros, y en algunos su misma bondad ó genio pusilánime y poco reflexivo, los arrastra hasta presagiar con este motivo contestaciones acaloradas, rupturas y aun *bella, horrida bella*, y espumosos rios de sangre en los Pirineos. Entiendo poco de diplomacia; y tú sabes que en todos mis estudios jamas quise salirme de la órbita de mi profesion, ni tuve la manía de ser sabio universal, porque desde mi niñez se me clavó en las mien-

tes aquella máxima del famoso Mus-
 kembroek : *dum omnia scire volumus ,*
nil scimus. Pero sin embargo, para des-
 engañar à nuestros pobres ilusos (por-
 que la conversion de los famosos judíos
 te la cedo à ti) no es necesario ser un
 Lord Chattan ó un Milord Pitt. Que
 lean conmigo, y no han menester por
 cierto los ojos de un Edipo. Habla el
 artículo *de los paises restituidos ó cedi-*
dos por el presente Tratado. ¿Quién
 sino un corazon incircunciso ó una al-
 ma ajudiada podrá creer que la España
 es un pais restituido ó cedido por el
 presente Tratado? Ora se entienda co-
 mo debe entenderse el Tratado firmado
 en 20 de Julio, ora fuera el Tratado
 firmado por los aliados en 30 de Ma-
 yo, como quieren entenderlo nuestros
 rabinos, ¿no es el mayor absurdo el
 pensar que en qualquiera de las dos
 épocas la España fué *restituida ó cedi-*
da? ¿Quantos dias antes del 30 de Ju-
 lio, que es el verdadero dia de la rati-
 ficacion del presente Tratado, se veri-

ficó la evacuacion de las plazas espa-
 ñolas, que eran el último asilo que
 nuestros intérpretes buscaban con su ar-
 ticulito en la mano? Digote, amigo,
 que ni la hermeneutica mas judaica, ni
 el genio mas caviloso y rabínico del
 hebreo mas obstinado adoptaria una
 interpretacion tan contraria à la evi-
 dencia de hechos frescos y notorios à
 todo el mundo. ¡ Cedida ó restituida la
 España por un tratado del 30 de Ju-
 lio! ¡ Oidlo, pueblos y naciones de la
 Europa, y juzgad! Además que jamas
 pudo decirse que la España fuera con-
 quistada: si en parte lo fué, ella con
 el auxilio de sus aliados, se reconquis-
 tó à sí misma antes que se firmáran tra-
 tados en Paris. Pero ¿ no es locura de-
 ternos en rebatir semejantes delirios?

(Continuará.)

NUMERO II.



CONTINUA LA CARTA
DE LOS
NUEVOS JUDIOS
ESPAÑOLES.

Es bien sencillo entender que se habla en el presente Tratado de los paises restituidos à sus legitimos dueños, porque habian sido robados ó por la fuerza conquistadora, ó por las violentas transacciones politicas del gran bandidero y ladron insigne de la Europa; ó de los cedidos por indemnizaciones ó por gracia y merced de las *Altas Partes contratantes*. Está bien que en tales paises „nadie pueda ser perseguido, „inquietado ni molestado en su persona ni en sus bienes &c.;” pero ¡ en

España, en la que hubo siempre Go-
 bierno legitimo à nombre de Fernando
 y exércitos nacionales! Toda ella se su-
 bleva contra el Sr. Labrador si en
 tal sentido hubiera firmado el Tratado:
 ¿Ni cómo le habria aprobado y ratifi-
 cado el justo Fernando? Pero ahor-
 remos trabajo. Si es verdad, como se
 ha dicho, que nuestros diplomaticos
 josefinos invocaron la proteccion de un
 gran Monarca, confiados en su genero-
 so carácter; si es cierto (porque, ami-
 go, se miente tanto en este Madrid,
 que me es forzoso hablarte con esta
 fórmula), si es cierto, repito, que el
 Príncipe de Benevento envió una lista
 de traidores recomendándolos, tambien
 lo es que se malograron estas gestiones;
 y por mas que se oyga decir à los des-
 afectos à su Rey y à su patria, que ni
 „ Fernando el vii es un Fernando el
 „ Católico, ni la España se halla en los
 „ tiempos de Felipe ii para hablar
 „ fuerte, „ el tiempo y la experiencia
 los irán convenciendo de que Fernando,

sin adolecer de los vicios que se atribuyen à aquellos Monarcas, quizas con demasiada exâgeracion, no tiene menos carácter que ellos para sostener la justicia; y que la España del dia puede y debe alzar su magestuosa frente à la faz de la Europa, porque todavia cuenta veinte millones de hombres.....; y españoles todos. No pretende ni aspira à dar leyes à ninguna potencia de la Europa; pero tampoco es una República de Luca para recibirlas de nadie. ¿ Lo entendéis, señores judios?

Aquí llegaba, amigo mio de mi alma, quando supe por conducto segurisimo que en la puerta del Sol, centro en que se reunen toda casta de páxaros nacionales y exóticos, y alimañas de toda especie, en uno de aquellos circulos donde se habla siempre con el ojo alerta à los alguaciles, se judaizaba de provecho. „ Ya, ya se sabe quien es el „ soez autor de ese infame papelucho „ que pregonan los ciegos. Han queri- „ do decir que se publicó con anuencia

„é intervencion del Ministerio; pero
 „está averiguado que el Rey llamó al
 „F..... y le echó una peluca terrible.
 „Y ¿quien sabe si ese escrito en fran-
 „ces, que copió y glosó el papeluche-
 „ro, es produccion de alla, ó si se fra-
 „guó aqui? Lo cierto es que para me-
 „jor inteligencia del artículo 16 se
 „han firmado tratados secretos, y se
 „cumplirán. Por ahora seguirá la cosa
 „asi; pero ya vendrá tiempo...” ¿Qué
 tal, amigo mio? Luego lo veredes.
 Por decontado, en quanto à lo de la
 peluca te aseguro que yo no sé nada,
 y en mi casa me estoy sentada. Si es
 verdad, allá me las den todas. Pero
 hombre, ¿qué te parece de aquel *quien
 sabe?* Esta es otra como la de los ju-
 dios de la segunda raza, quienes como
 avergonzados, no de la infamia, y sí
 del mal éxito que tuvo la infernal tra-
 ma urdida por ellos para acabar con los
 beneméritos Elio, O. Donell, Villavi-
 cencio y Eroles, nos salieron con la dis-
 paratadísima pampirolada del „¿quien

„ sabe si los serviles ó el Gobierno son
 „ los autores de este amasijo para des-
 „ acreditar por este medio à los hom-
 „ bres de bien ? ” Atájame esos pavos.
 Es un despropósito, que ellos mismos
 no creían, vista la torpeza de los que
 tan mal ataron los cabos. Pero corra,
 y trampa adelante. ¿ A ver si saben?
 Pues ahora, ellos mismos hicieron cir-
 cular de mano en mano las *famosas re-*
flexiones sobre el decreto de 30 de mayo;
 y como si fuera una producción digna
 de Grecia y Roma, se decían mútua-
 mente extasiados: hombre ¡ que bueno!
 ¿ Si será de Melendez? ¿ Si será de Es-
 tala? ¿ Si será de Amorós? Cada qual
 colgaba el milagrito al que él se figu-
 raba mejor escritor: Galo-Hispano. Revé-
 lase la ignominia del folletito; cono-
 cen que perjudicaba al partido, y ¿ en-
 tonces? ¡ Toma! ¿ Quien sabe si vino de
 allá? Pues, amigos, si es ó no produc-
 cion de allende, preguntádselo al Se-
 ñor Caballero, quien indignado de este
 proceder bárbaro é impolítico de sus

trashumantes compañeros, enristra la pluma, y nos envia un papelito impreso, y en castellano, que por ahí anda gracias à Dios, en el que se queja agriamente de los autores del otro, y les dice, que es una locura lo que han hecho; que con el decreto de 30 de Mayo no se han cerrado las puertas de la clemencia del Rey &c. Dice bien, y par diez que se conoce que lo entiende, y que estudió en la corte. Pero sus colegas no piensan así, ni son tan caballeros en su conducta. Y ¿qué me dirás de los *tratados secretos*, y de que ya vendrá tiempo en que todos barbeemos juntos? Mira, mira si es gente cilla pobre de recursos, que se pare en barras, ó se ahogue en poca agua. Hazme justicia: ¿no acierto en compararlos con los judíos? Estos, amigo, visto que todos los plazos y épocas marcadas para el advenimiento de su mesías, y para el triunfo de Jacob sobre las demas naciones les salieron fallidas, y que sus mas ponderados rabinotes los

habian engañado como à unos párvulos, por último se echaron en el surco. Afuera cómputos de hebdómadas y otras zarandajas." La época solo Dios la sabe, y es un secreto escondido en el seno de la Divinidad (tratados secretos); pero vendrá, de juro vendrá." Pues ¿no ha de venir? = Excusemos aplicaciones. Si fallan los tratados secretos, como fallarán (de lo que yo respondo con mi cabeza), no faltarán à nuestros judíos españoles otros asideros. Vendrán, vendrán quando Dios quiera, ¿no es verdad? ¡Oh! Os conozco: bien sé que trabajo en valde. *Scio quod durus es tu*, que dixo Dios al pueblo reprobado, y que yo os aplico con oportunidad. Quizás tendreis todavía vuestros ojos fixos en la isla de Elba; y mientras que exísta el Corso no llegará el último plazo de vuestras esperanzas. Si es un problema la posibilidad de que el monstruo encadenado saiga algun dia de aquella isla para turbar de nuevo la paz del mundo,

credat judaeus Apella, non ego. Locu-
 ra seria por cierto el imaginarlo; pero
 para que veas, amigo mio, las dificul-
 tades que ofrece la conversion de nues-
 tros judios españoles de la primera raza,
 sábete que he oido à algunos insinuar es-
 te pensamiento como venido de Francia,
 y revestido con un cierto ayre de posi-
 bilidad. *Et nunc Reges intelligite*: oid-
 lo, ó Reyes, é instruios los que juzgais
 la tierra. ¿ Por qué ha de vivir el que
 sepultó en los abismos tantos millones
 de generaciones, y que todavia tiene
 en el continente muchos miles de par-
 tidarios? Adoramos respetuosos los se-
 cretos de vuestra generosa política; pe-
 ro mientras que él exísta viviran las es-
 peranzas de todos sus prosélitos, apa-
 sionados y fautores. Quando Dios lo
 llame à juicio, entonces, amigo mio,
 entonces y no antes aceptaré la mision
 de convertidor de judios de la primera ra-
 za. Vengamos ya à los de la segunda: los
 nuevos repúblicos constitucionales ó de-
 mócratas, ó como tú quieras llamarlos.

¿ Es posible que tambien pretendas empeñarme en la conversion de estos maniacos, no menos locos y obstinados que los anteriores? Endiosados con su sagrado volúmen, con su templo de la libertad, y con aquellos sus exclusivos é imprescriptibles derechos; preciándose como los primeros de sabios, de politicos y regeneradores, ¿ quien soy yo para desyendar sus ojos? Creyeron, porque asi se lo repetian como à los antiguos romanos sus poetas y oradores, sus arúspices y agoreros, que su imperio seria inmortal, eterna la obra de sus manos, y que hasta los Reyes besarian las huellas de sus pies. Acuérdate de aquellos pomposísimos discursos pronunciados en Cádiz, quando zanjaban y abrian los cimientos de su grande edificio, y no habrás olvidado creo los articulados en Madrid, aun despues de la entrada de Fernando en España; y dime de buena fé, ¿ será facil convertir à unos hombres alimentados siempre con vanas y quiméricas esperanzas? Permí-

teme el recorrer, aunque sea muy rápidamente, la historia de sus últimos delirios, y entonces confesarás conmigo que sería mas fácil arrancar à Hércules su clava, que à nuestros nuevos judíos la esperanza de su restablecimiento.

Que viene Fernando, se dixo à fines de Enero: no importa; no decaen de ánimo. Venga enhorabuena; pero háyasele por cautivo y ausente hasta que en andas y bolandas le montemos nosotros en el nuevo trono constitucional: y aunque atraviese la mitad de su reyno, y sea aclamado y bendecido y abrazado y besado por sus vasallos, por cautivo y ausente será tenido, mientras que no se nos presente en cuerpo y alma en nuestro augusto salon à jurar lo que le mandemos. Nuevo aviso de su llegada supuesta à Tolosa y parte de Copons: nuevas prevenciones, nuevos ordenamientos. Fernando, en fin, habló desde Francia; en cada palabra se traslucia la magestad regia: turbóse un poco el sanedrín; pero se recobra con nuevos alien-

tos, con esperanzas nuevas. El suspirado Monarca llegó por último à Gerona, escribe con letras grandes aquel YO EL REY, capaz de desconcertar al mas fiero republicano, al mismo Caton, al mismo Bruto; pero nuestros judíos cada vez mas firmes: aunque sea preciso forzar el sentido de los oráculos y trastornar el órden moral, se ha de mantener el órden constitucional. Que vaya, que allá vaya un ilustre personaje: diríase que iba el gran Pontífice Jaddo à presentarse al grande Alexandro para salvar à Jerusalem y al templo. Marchó, y consigo lleva la fortuna y la esperanza última de nuestros demócratas. Pero el Rey se separó del círculo que ellos le trazaron: infringió..... ¡ mortal síntoma !..... Cuestion nueva. ¿ Jurará ó no jurará ? Los oráculos estan claros, los hechos no son equívocos; Fernando y los pueblos resolvian el problema. Pero hay una cartita del general Copons..... que sí, que sí jurará. „ Viene ”, se osó escribir, „ muy ilustrado; ha leído à

„Voltaire y à Rosesau y.....” Pero sepultemos en el olvido aquellos escritos de los quarenta dias de crisis, que harán época en la historia de los humanos desvaríos, y que serian un borron eterno para la nacion española, si se formara juicio del carácter nacional por los portentosos delirios de unos quantos locos y frenéticos.

Locos y frenéticos parecian nuestros juicios demócratas en los últimos dias de su fatal imperio. Elío juraba, la famosa lápida caia en tierra, las tropas avanzaban, el ejército se rebullia contra los nuevos Soberanos y en favor del legítimo, dos hombres para ellos execrables eran llamados cabe el Rey, marchaba el mensajero que llevaba consigo los votos de sus dignos compañeros, todo anunciaba el inminente catastrofe. Y ¡qué piensan nuestros demócratas! ¡Oh! ¡Si tú supieras como yo lo que pasaba en aquellas postrimeras y para siempre memorables sesiones secretas! No creerias exâgerado mi pensamiento de

compararlos en la rabia, furor, despecho y locura à los judios del tiempo de Vespasiano y de Tito, quando vieron que todo el poder de los romanos iba à cargar sobre ellos: à bien que exísten aquellos escritos sediciosos y revolucionarios en que nuestros judios invocaban los puñales y tocaban à la alarma, como quien queria provocar las iras de un nuevo Adriano, que los exterminara. Pues lo que escribian sus amigos, eso mismo se pronunciaba en horrendas filípicas de unos monstruos robesperrianos, que quizas hubieran precipitado la nacion en un caos de anarquia y sangrientos horrores, si los buenos con su constancia y heroismo no hubieran frustrado los designios de los malvados.

A tanto en fin llegó su ceguera, que por último recurso fixaron sus ojos y sus esperanzas en el mismo hombre que habian escarnecido; pensando neciamente que la Constitucion por ellos forjada era la misma que deseaba y se prometia aquel sabio en un escrito que publicó en 808:

quando era bien notorio que el digno y respetable escritor, à quien ellos suponian la cabeza llena de preocupaciones religiosas y de un extremado realismo, solo pretendia y aspiraba à la renovacion y observancia de nuestras antiguas y sabias leyes fundamentales.

Pero no dixen bien, que fuera este el último recurso. Todavía creyeron conjurar y disipar la tempestad enviando sus exárca ó diputacion de seis individuos, aunque no de los de su raza. ¡Misérables! ¡Quanto os engañasteis! Y ¡cómo fuisteis sorprendidos! Amaneció el 11 de Mayo: desapareció el gobierno demócrata: arrestados estan los próceres de la sinagoga: el templo de la libertad fué profanado: los símbolos sagrados destrozados y rehollados: Fernando impera: en él vivimos, nos movemos y somos españoles; y los pueblos à porfia como que se avergüenzan de haber prostituido sus adoraciones, ó por sorpresa, ó por ignoran-

cia, ó por engaño, ó por la fuerza à unos ídolos huecos, ridículos y ominosos. ¿Qué mas? Fernando entró en Madrid; y su entrada fué el triunfo mas solemne y magnífico que jamas se vió sobre la tierra; y los pueblos todos de la Península parece que emulan à porfia el entusiasmo de la heroyca capital. ¿Dó estan ahora, necios judíos, vuestras esperanzas? ¿Se acabaron? = No por cierto. Reynará dos meses, y luego veremos. Veremos cómo piensan los aliados, y cómo piensa la Francia.

Creian estos buenos hombres que todos los Soberanos de la Europa estaban tocados de la manía constitucional; y su demencia llegó hasta publicar que la Rusia, el Austria, la Prusia y hasta la misma Francia tomarian interes por el sagrado volúmen, y no reconocerian à Fernando sino como Rey constitucional. ¿No has leído estampadas con grande aparato estas heregías políticas? El senado frances forjó una Constitucion, en Holanda se tra-

CONCLUYE LA CARTA DE LOS NUEVOS
JUDIOS ESPAÑOLES.

Entretanto nuestros judios buscaban con ansia el monitor frances : veian en casi todos sus números copiados los sabios decretos de Fernando ; y la rabia y el furor se apoderaban de sus negras almas al leer los epígrafes escritos con letras grandes : **DECRETO DE S. M. C. FERNANDO VII.** Yo los vi mustios y cabizbaxos, mas no por eso desesperanzados. Pues ¿ y adonde irán à buscar el último punto de apoyo de sus esperanzas? ¿ A donde? Al capitolio nada menos : à Roma. „ Carlos iv promete jurar la „ Constitucion , y viene à reynar. En- „ viados suyos se han presentado re- „ clamando sus derechos al trono, y „ alegando la violencia de su famosa „ renuncia de Aranjuez. No hay du- „ dar : Carlos ha tenido con el Papa „ una conferencia de hora y media, „ y el Sumo Pontífice confirió las ór-

„denes menores al Infante D. Francis-
 „co de Paula. Viene, viene.” Jamas
 creí, amigo mio, que nuestros judíos
 filósofos invocaran à Godoy como à
 su libertador y Mesías. Ni ¿ como ima-
 ginarlo de unos hombres que nos ha-
 bian pintado el reynado de veinte años
 con los mas tetros coloridos, y que
 tantas infamias y denuestos habian vo-
 mitado contra el anterior despotismo?
 Los franceses para dar principio al in-
 fernal proyecto del exterminio de la Es-
 paña comenzaron en Abril de 808 à
 mover este resorte: nuestros filósofos
 quieren acabar por donde aquellos em-
 pezaron. ¡Oh que bien les decían nues-
 tros sesudos y ramplones escritores al
 verlos marchar por la misma linea que
 aquellos les trazaron, y dar al tras-
 te con todas nuestras antiguas y ve-
 nerables instituciones! „Sois unos ser-
 „viles imitadores de los franceses de
 „Napoleon.” No me admira el que
 ellos forjen y propaguen estos absur-
 dos; pero sí me asombro de que el
 rumor de la venida de Carlos IV se

haya sostenido en Madrid y en las provincias por el espacio de dos meses, y hasta el mismo dia de la publicacion del Tratado, dando margen à los alegres cálculos de unos, y à las tris-tísimas reflexiones y lamentos de otros. ¡ Qué vergüenza, amigo mio! ¡ Quan pocos son los hombres que piensan! ¿ Qué les importaba à los Soberanos alia-dos el que Carlos jurara ó no jurara la Constitucion de Cadiz? ¿ Qué plenipo-tenciarios tenian allá nuestros miserables demócratas para dar valía é importan-cia al juramento de la Constitucion? Y quando la nacion toda maldecia el sa-grado volúmen, ¿ consentiria en some-terse al yugo feroz del exêcrado Go-doy, porque su amo se prestara à jurar-lo? Forzarianla los generosos Príncipes aliados à sufrir esta doble calamidad, premiando asi su magnanimidad y sus heroicos sacrificios de seis años? ¿ Olvi-darianse de la farsa sacrilega de Bayona, y de la famosa renúncia en favor del Corso.; pero echemos un velo respetuo-so sobre aquellos funestos acontecimien-

tos , y hagamos à los Soberanos aliados la justicia que se merecen por haber apreciado como debian las virtudes y sagrados derechos de Fernando. Las potencias europeas reconocian y se conferaban con los diversos y provisionales gobiernos de la España , porque todos ellos exercian su autoridad à nombre de Fernando, y toda órden, decreto, ley, y hasta la carta magna estaba encabezada con las palabras de D. FERNANDO VII, que desde Valenzay reynaba en España. Si la Rusia, sorprendida y engañada por el Corso, no pensó asi en el principio de nuestra santa insurreccion , mejor informada volvió en su acuerdo , y no reconocia otro Soberano legítimo que à Fernando. Sabianlo todo nuestros ilustrados demócratas ; pero esforzábanse à creer y persuadir à los demas que podian tener feliz éxito las pretensiones que ellos suponen del Rey padre. Lamentémonos de la triste situacion de aquel Monarca , tal vez hoy mas que nunca esclavizado y reducido al mísero estado de haber de sofocar los sentimientos pa-

terr
am
ser
gest
nos
nes,
licit
que
con
ba
licit
alia
fasto
crac
esca
nom
men
no
desc
nim
tes.
Eav
lleg
Fra
can

ternales que abriga en su pecho, y el amor que profesa à un hijo tan digno de ser querido. No acriminemos esas sus gestiones que se cuentan con los Soberanos aliados, ni el que pida indemnizaciones, ni tampoco el que acuda à ellos solicitando alimentos, al mismo tiempo que su Hijo, de acuerdo con su Consejo, con munificencia régia y filial, le otorgaba mayor cantidad que la que S. M. solicitaba por la extraña mediacion de los aliados. La historia consignará en sus fastos estos hechos memorables para execracion eterna del aborrecible monstruo, escarnio y afrenta de su patria, y cuyo nombre será por siempre detestado no menos que el de Buonaparte.

Pero lo que la historia, amigo mio, no acertará à explicar es el enigma indescifcable de la obstinacion y empedernimiento de nuestros *esperadores judaizantes*. Vienen à Madrid los Embaxadores y Enviados de las potencias extranjeras; llega y se publica el Tratado de paz con Francia, y sucesivamente se irán publicando otros de que se tiene noticia; la

Inglaterra ostenta generosamente el alto aprecio que hace de Fernando, condecorándolo con el singular distintivo de la Orden de la Charretera; la Prusia se apresura tambien a reconocerle y honrarle con el Aguila Roxa; la Francia nombra Embaxador, que sabemos no tardará en venir, como asi bien los de Rusia y Austria; el Sr. Labrador saldrá pronto de Paris para el Congreso de Viena; en suma, de todos los Soberanos de la Europa es Fernando querido, y si me atrevo à decirlo, el Príncipe mimado. Las Américas, que eran el otro grande apoyo de las palancas constitucionales, se pacifican, y como por mágico encantamiento, ó mejor por altos y misericordiosos designios de la Providencia en favor de España, al nombre de Fernando triunfan los leales, huyen despavoridos los rebeldes, y hay datos recientes y seguros para creer que sin el auxilio de nuevas tropas tremolará muy en breve el estandarte Real en todas las ciudades y pueblos de los dos hemisferios, para que Fernando reyne en entrambos mundos,

acatado por todas las naciones, é idolatrado por todos sus vasallos. Pues sin embargo nuestros taimados rabinos de ambas castas, y tambien algunos que se precian de buenos, osan decir en un tono misterioso é hipócritamente dolorido: „Esto aun no se acabó... No sabemos en qué pararán estas cosas... Hay tantos descontentos... todavia, todavia...” ¡Bribonazos! Amigo, yo en cierto sentido perdono ó me duelo de los judíos circuncidados, porque al fin parece que entra en el plan de la Providencia permitir su obcecacion, abandonándolos à su réprobo sentido, para que el mundo incrédulo vea habitualmente cumplidas las profecías, y no nos pida nuevos milagros. Pero ¿quien no se indignará con esta nueva raza de protervos, que se empeñan en hacer guerra à la misma luz, y que no sabemos para qué viven? ¿Si creerán ó sublevar la nacion consternándola con pánicos terrores, ó entorpecer por este medio las sábias providencias del Gobierno, que paulatinamente y con muy improbo trabajo va

sacando de entre el horrible caos de la confusión y de la anarquía los rotos y despedazados fragmentos del antiguo edificio español, para reconstruirlo y elevarlo à la altura, robustez y magnificencia de los venturosos tiempos en que hacia sombra à las naciones, y era la admiración y aun la envidia del extranjero? Entrambas miras pudieran muy bien hacer manida en las cabezas filosóficamente organizadas de nuestros demócratas ó de los renegados. El embuste, la superchería, la calumnia, los falsos rumores, toda arma vedada en fin ha sido siempre la arma favorita de las dos razas judaicas. A este propósito jamas olvidaré lo últimamente sucedido al tratarse del restablecimiento del Tribunal de la Inquisición. El público llegó à traslucir que el piadoso Monarca, conformándose con el voto de la mayor y mas sana parte de la nación, lo habia acordado; mas como hubiesen transcurrido algunos dias sin publicarse el decreto, mis judíos, y muchos que se glorian de no serlo, propagaron por

toda la Península unos fuegos subterrá-
neos, unos rumores alarmantes, que
aterrarian à quien no los conociera. „ El
ejército se sublevará, decian; la Francia,
la Inglaterra, la Europa toda se conju-
rará contra Fernando; y ¿ qué no dirán
los periódicos extranjeros? „ Pues, se-
ñor, el Rey dixo, y se hizo con uni-
versal contentamiento de todos los es-
pañoles, à excepcion de las casta, que
por desgracia no piensan en emigrar.
Los Soberanos de Europa son demasiado
cuerdos para mezclarse en nuestros asun-
tos domésticos é interior gobierno. Mu-
chos grandes hombres extranjeros con-
fesaban que à la intolerancia religiosa
y política, sostenida por aquel baluar-
te de la fé española, se debieron los
milagros de heroismo con que nos he-
mos immortalizado en la gran lucha de
la independencia europea: el decreto
se lee traducido en todas las lenguas,
y Fernando es el Soberano de España.
¿ Qué mas? He visto los últimos núme-
ros del periódico de Lóndres titulado
Correo de Inglaterra; y despues de in-

sertarse en uno literalmente el decreto de S. M. C. sobre el restablecimiento de la Inquisicion, quando yo me temia una terrible andanada, leo que el editor dice con gracia: „ Muchas reflexio-
 „ nes pudiéramos hacer sobre el ante-
 „ rior decreto; pero queremos observar
 „ la primera ley del Santo Oficio, que
 „ es el silencio.” Id despues de esto,
 falsos ó engañados españoles, y forjad
 cálculos políticos; pero permitidme os
 pregunte: ¿Teneis verguenza?

No es menester hacer esta pregun-
 ta à los famosos renegados ni à los in-
 signes demócratas. Si yo los creyera
 capaces de vergüenza, creeria que no
 era muy dificil su conversion; y enton-
 ces les diria: „ Amigos, sabiamente se
 „ escribió que *Una salus victis, nullam*
 „ *sperare salutem.* Vencidos habeis si-
 „ do; y vuestra salvacion consiste en no
 „ esperar ya mas ni tronos napoleóni-
 „ cos ni democráticos. Uníos al trono de
 „ Fernando, único asilo que os resta,
 „ si no quereis perderos.” Pero ¡ay ami-
 go! todos los judíos se convertirian si

se les persuadiera que ya no tienen que esperar à otro Mesías, que el verdadero ya vino, y que sus esperanzas son locas. ¿ Quien persuadirá esto à los judíos españoles? Creeme: el único remedio que yo encuentro es, „ que en „ el dia de Viernes Santo se añadan à „ la colecta de la Iglesia esta palabras: „ *et pro judaeis nostris*; y que todos en „ aquel dia imploremos fervorosamente „ la divina misericordia para que haga „ de estas piedras hijos à Abraham, que „ tengan mucha fé en Dios, y ninguna „ esperanza en sus quimeras.” Estoy viendo que no te contentas con mi pensamiento, del que dirás: „ muy santo „ y muy bueno; pero es menester mas.” Pues, amigo, yo renuncio à la gloria de ser su apóstol: tienen à Moyses, tienen à los Profetas; y para su desengaño ahi les regalo ese pasage de Isaías, quien, como si vaticinara el estado actual de la España, para consolarla le promete el restablecimiento de sus antiguos Jueces y Consejeros, el justo reynado de un Príncipe feliz, la ruina

de los malvados, el total destrozo de sus ídolos y embelecocos, y la disipacion de toda su fuerza diciendo (cap. 1.): *Et restituum iudices tuos ut fuerunt prius, et consiliarios tuos sicut antiquitus: post haec vocaberis civitas justi, urbs fidelis. Sion in iudicio redimetur, et reducent eam in iustitia: et conteret scelestos et peccatores simul: et qui dereliquerunt Dominum, consummentur. Confundentur enim ab idolis, quibus sacrificaverunt..... Et erit fortitudo vestra, ut favilla stuppae, et opus vestrum quasi scintilla: et succendetur utrumque simul, et non erit qui extinguat.* Ya que tienes tanta caridad con ellos, ponles esto en castellano, que yo estoy fatigado despues de dos dias de tarea para contestar à tu súplica, de que me meta à convertidor de judíos.

Si por ventura me hubieras rogado que desengañara à los ilusos disidentes ó judíos de reata, à los malcontentos con el Gobierno, porque observan algunos desórdenes parciales, y por otros motivillos que ellos se saben, ó à los pobres enfermos y tocados de la peste

que aflige à casi todos los españoles , y se llama *empleo-mania* , acaso me hubiera arrojado à la empresa. Para convencer à los ilusos y engañados daría mas extension à esta carta , y concluiría el retrato de sus maestros y directores, cuyo diseño les he bosquejado : no era menester mas. Verian la infamia de sus rabinos ; la falsedad y extravagancia de los rumores que propagan, ó para engañarse à si mismos, ò para atolondrar à los incautos, débiles ò demasiados pobres de espíritu, y hecha se estaba la conversion. Para enderezar à los extraviados ò malcontentos con el actual Gobierno, si por ventura pertenecian à cierta clase de aspirantes que pensaban ser de los escogidos, y ni aun fueron llamados, yo les diria : tened paciencia ; quizas os llegará vuestro turno , y entonces pregonareis que „ todo va bien, ” aunque todo vaya endiabladamente. Si eran de aquellos genios vivaces que porque bullen mucho se creen hacedores ; que piensan es muy facil crear un nuevo mundo poli-

tico, y que en quanto ellõs no hacen
 solo ven lentitud, poltroneria, pesa-
 dez, yo les recordaria con gran flemma
 aquel sabio y antiguo *festina lente*: cá-
 chaza, amigos, cachaza. No es Fernan-
 do un Dios para poder decir desde su
 trono, rodeado de espesas tinieblas:
Hágase la luz, y la luz fué. Es aplicado,
 laborioso, infatigable; oye todo; asiste á
 todo; interviene en todo: ¿qué mas po-
 driamos desear? Hallóse con una nacion
 desquaternada y exánime; sin erario,
 sin rentas, sin crédito; y agotados to-
 dos los recursos; los ánimos divididos,
 las facciones devorándose, todo en fin
 en un caos horrible y tenebroso; por-
 que nuestros genios creadores sabian
 mas bien destruir que edificar. ¡Qué
 extraño es que sea necesario tiempo, y
 tiempo, y tiempo para que la nacion
 convalezca de tan larga y mortal en-
 fermedad! Pero me parece que estoy
 oyendo á otra casta de páxaros quejico-
 sos: Si; mas nos falta un Colbert, un
 Sully, un Chattan." A estos llamo yo
 galo-maniacos, ò enfermos de extran-

gerismo. Nada ven bueno en su patria; y por cierto que era ya tiempo de no hacer alarde de esta ridicula pedanteria, que solo afecta á los que no tienen el alma española á toda prueba. Mas amor á vuestra patria; honradla, y en vez de deprimir ensalza á los hombres beneméritos que en ella jamas faltan, y tendremos Ensenadas. Si por último eran de aquellos murmuradores eternos de los parciales desordenes, yo les preguntaria, ¿quando hubo sobre la tierra un Gobierno que haya podido atajarlos todos? Quizás es uno de ellos el tolerar vuestra impunidad y vuestro charlatanismo optimista. Viniera un Dios á gobernaros, y vosotros seriais sus censuradores. En quanto á los innumerables enxambres de empleo-maniacos (no pretendo zaherir á muchos beneméritos), habitantes sempiternos de las galerias de palacio ó de las antesalas de las Secretarias, que siempre cargados con los mamotretos de sus méritos y heroicidades, consumen su caudal en papel sellado, y en pagar á los memo-

rialistas; que ni piensan, ni hablan, ni sueñan mas que con su empleo y con las que ellos llaman injusticias de los gobernantes; que apenas dexan respirar al bondadoso Monarca que con heroyca paciencia los escucha; y que de continuo se ven tentados à desertar de las banderas de la lealtad para unirse, al menos de palabra, con nuestros judios; yo, amigo, no me siento con fuerzas para emprender su conversion. Remitirialos á los Señores Duque de S. Carlos, Lardizabal, Macanaz, Gongorra, Eguia y Salazar: empleo logrado, conversion al canto. Pero con los judios, piadoso objeto de su caritativo zelo, nada, nada quiero. Déxolos á Dios, á quien pido te perdone el malisimo rato que con tu extraña súplica has dado á tu amigo = F. M. M.

Madrid 31 de Agosto de 1814.